

Manolo y Luis: Una Amistad Poco Común

Algunas de las mejores cosas que suceden en un programa comunitario, como en la vida, ocurren sin ser planeadas. Suceden porque el programa y sus facilitadores son flexibles y el ambiente es agradable, lo que da lugar para que sucedan aventuras espontáneas y conmovedoras.

En este capítulo reproducimos un artículo del Boletín: Newsletter from the Sierra Madre #20. Es la historia verdadera de una amistad única entre dos jóvenes discapacitados en PROJIMO, contada por Oliver Bock, un ortotista (fabricante de aparatos ortopédicos) de California, quien estuvo varias veces en el programa para compartir sus conocimientos con los trabajadores de rehabilitación. Describe la manera en que personas con discapacidades muy diferentes se acoplan y se ayudan entre ellos. Además plantea la idea de que las personas físicamente fuertes pero discapacitadas mentalmente se emplean como ayudantes o "asistentes" de quienes están mentalmente sanos pero discapacitados físicamente.*

Después del cuento damos un poco de información de cómo Manolo llegó a PROJIMO y cómo otro niño discapacitado pudo ganarse su confianza, cuando otros no lo lograron.

Manolo y Luis

por Oliver Bock

Manolo se siente atrapado. Otra vez no sabe qué hacer. Está seguro que le están jugando una broma y se siente confundido. Sin comprender lo que está pasando, Manolo trata de defenderse. "¡No me mires!" reclama, al tiempo que tuerce la cabeza y se va, buscando compañía más amable.

Al ver que Manolo se aleja del taller de aparatos, con tristeza, Luis suelta su inconfundible llanto. Sollozando y con el cuerpo espástico jala a Manolo a su lado. Intuitivamente, Manolo entiende que Luis necesita compañía. Lejos de su familia por primera vez desde hacía tres días y con dificultad para comunicarse, Luis está desesperado.

Manolo es amable con Luis, pero hay otras personas que les encanta burlarse de él. Una de las bromas favoritas es preguntarle que si extraña a su mamá. Entonces sus hermosos ojos cafés se entristecen y agacha la cabeza. Las lágrimas corren por su cara y su brazo y Luis solloza en silencio hasta que alguien lo consuela.



* HealthWrights publica el boletín *Newsletter from the Sierra Madre* 2 ó 3 veces al año. Contiene ideas e innovaciones de programas comunitarios de salud y rehabilitación de México y de otras partes. Además trata temas relacionados con las políticas de la salud y los derechos primordiales de las personas en desventaja, desde una perspectiva local y mundial.

Manolo no sabe cómo jugar ese tipo de juego, pero sí sabe cómo empujar la silla de ruedas. Es fuerte y le gusta pasear a su amigo. A Luis le encanta ir de paseo, así que los dos se van por el callejón que va hasta la calle principal de Ajoya. Hace calor. Los mangos ya casi están maduros. El viento sopla y el polvo cubre todo a su paso. Los niños, sin hacerle caso al calor, juegan en la calle, mientras que los hombres recargados a la sombra de las paredes de adobe, esperan pacientemente.

El rechinido de los baleros resecos y una nube de polvo interrumpen temporalmente el mágico silencio. Indiferentes, los campesinos siguen con la vista a la pareja mientras que Manolo empuja la silla de ruedas de Luis bajo el sol abrazador. Las sillas de ruedas usadas por todo tipo de personas discapacitadas se han hecho tan comunes en Ajoya que ya no causan curiosidad o miedo entre los campesinos.

El incesante calor obliga a los dos amigos a buscar la sombra. El enorme cuerpo de Manolo está bañado de sudor mientras que el cuerpo delgado y contraído de Luis se pega incómodamente al asiento y al respaldo de plástico de la silla. "¿Vamos al río?" Manolo pregunta con ansiedad. Luis ve la oportunidad de una nueva aventura y de escapar del calor insoportable.

Empapados de sudor, los dos amigos se van hasta la orilla del pueblo y bajan por la vereda empinada que da al río. Las piedras, los agujeros y la arena hacen que el viaje sea toda una aventura. A veces, Luis tenía que bajarse de la silla y arrastrar su cuerpo espástico para pasar por las zanjas, mientras que Manolo cargaba la silla. Al llegar a un barranco, Manolo agarró a Luis en sus brazos, lo sentó al otro lado y regresó por la silla de ruedas.

La paciente determinación de ambos jóvenes crea una amistad que es maravillosa y desconocida para ellos. Por segunda vez Manolo le pregunta a Luis que si quiere darse por vencido. Ambas veces, Luis contesta a Manolo con sus ojos expresivos, "Hay que seguir. Sé que es mucho trabajo para tí y debes estar cansado, pero es tan divertido. Gracias por haberme traído hasta acá." Manolo interpreta correctamente la respuesta, y los dos continúan bajando lentamente hacia el río.

Cuando al fin llegaron, Manolo, caluroso y todo empolvado se avienta al río.

La escasa corriente de agua parece insignificante al ir serpenteando por el enorme cauce del río. Pero Cuando llega la temporada de lluvias, el río crece tanto que en ocasiones llena el amplio cauce, arrastrando piedras, árboles y lodo desde las montañas de la Sierra Madre.

Manolo se moja la cara con el agua verdosa y tibia del río y fija la vista hacia el pueblo que ahora considera su casa. No recuerda cómo llegó a Ajoya, pero sabe que está dónde es feliz—más feliz de lo que jamás se hubiera imaginado. Piensa en los trabajos tan importantes que hace: ayuda a bañar a las personas que no pueden hacerlo solas; les cambia la ropa para que estén limpias; trae los refrescos a los hombres que hacen cosas tan curiosas en los talleres. Algunas veces le dan pequeños trabajos en el taller y eso lo hace sentirse muy útil y orgulloso.

Aquí la gente lo quiere. Bueno, a veces se burlan de él, pero ya está acostumbrado—además, al menos aquí bromean siempre con una sonrisa; y las otras personas también tienen problemas. Muchos de ellos tiene cuerpos que no funcionan muy bien. Algunos tienen las piernas débiles y caminan con muletas, otros están siempre sentados en sillas de ruedas y no sienten las piernas. Hay otros, como Luis, que no pueden controlar el cuerpo y tienen que vivir con movimientos y espasmos repentinos que les impiden hablar o moverse como quieren ... Por su parte, Manolo tiene un cuerpo sano y fuerte. Puede ayudar de muchas maneras, pero su cerebro no funciona muy bien. No entiende muchas cosas y tiene mucha dificultad para recordar, pero cuando algo es claro, Manolo lo hace con gusto. Le encanta escribir. Llena hojas completas con frases que le escriben para que él las copie. No sabe leer y no sabe lo que escribe, pero eso no importa. ¡Con tal de hacer algo útil!



El río es un buen lugar para jugar y aventurar tanto para los niños discapacitados como para los no discapacitados. El niño en la silla de ruedas de madera es Jorge, el primer amigo de Manolo en Ajoya.

Un fuerte chapaleo interrumpe la meditación de Manolo. Luis se ha bajado de la silla y se arrastró hasta el río. Manoteando el agua se lava el sudor y el polvo mientras mira a Manolo con una enorme sonrisa. Manolo está un poco preocupado porque Luis se está bañando con la ropa puesta y se le está mojando. Luis sonríe como si dijera, "Está bien, mi ropa también tiene calor." Manolo suelta la risa y se zambulle en el agua junto a Luis. Luis chapalea sin control y Manolo hace lo mismo. Los dos amigos están empapados y disfrutando el fruto del difícil recorrido.

Desde el otro lado del río, un rico terrateniente observa a los niños. Sentado en su caballo contempla la silla de ruedas. Al ver a los dos amigos, se da cuenta de lo bueno que es que los niños estén en un lugar donde puedan disfrutar de la vida y sean valorados por su habilidad de sonreír, jugar y ser útiles de la manera que pueden.

Actuando por un impulso repentino, el terrateniente espolea su caballo hacia los niños, justo cuando Manolo levanta a Luis para sentarlo en la silla. Sorprendido y asustado por la persona que se acercaba, Manolo casi suelta a Luis y trata de decidir si debe correr, atacar o quedarse quieto. El miedo se ve en los ojos de Luis al sentir la ansiedad de Manolo. Con muy pocas opciones, Luis se sienta y espera a ver qué pasa.

"No tengan miedo, amigos. No les voy a hacer nada." Manolo y Luis levantaron la vista lentamente hacia el hombre y su caballo. Él les sonríe y se baja del caballo. El hombre es pequeño, más bajito que Manolo, pero tiene la actitud de alguien que está acostumbrado al poder. "Me llamo Chuy. Los ví cuando estaban jugando en el agua y pensé que a lo mejor necesitaban ayuda para regresar a Ajoya." Manolo está indeciso. La oferta amistosa lo confunde, está atrapado entre la tentación y el miedo. Luis, por otra parte, está encantado. Su ágil mente le dice que le están ofreciendo llevarlo montado a caballo hasta el pueblo. Manolo aún no decide que hacer. Las decisiones le dan miedo, especialmente cuando incluyen alguna responsabilidad. Afortunadamente, Chuy ayuda a aclarar la confusión de Manolo ayunándole a subir a Luis al caballo.

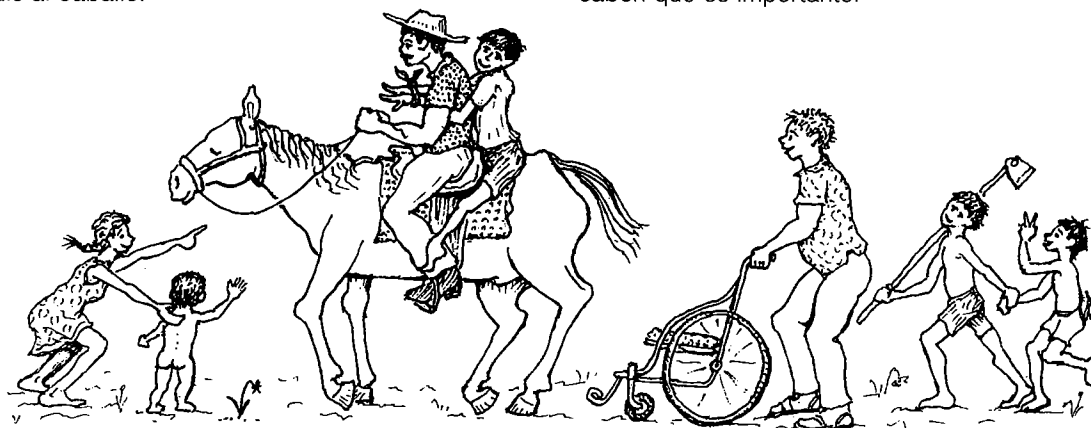
Subir a un niño espástico a un caballo no es nada fácil, especialmente cuando el niño está nervioso y emocionado. Manolo pronto se da cuenta que necesitan su ayuda. Chuy apenas logra levantar a Luis de la silla, ahora se preguntaba cómo iba a subirlo al caballo y separarle las piernas lo suficiente como para sentarlo en el lomo del caballo. Después de varios intentos agotadores, Luis se sentó gustoso en el caballo, con las manos amarradas alrededor del pecho de Chuy para evitar caerse. Cuando la baba empezó a mojar su espalda, Chuy por un momento dudó de su generosidad, pero al ir de regreso a Ajoya con Luis riendo por todo el camino y Manolo empujando gustoso la silla vacía, está contento de haber decidido ayudarles.

Las sombras de los árboles y el aire ya más fresco reciben al trío cuando entran al pueblo. Para calmar la sed, Chuy compra tres refrescos. Al menos la mitad del refresco de Luis se derramó en su pecho y en la silla del caballo, dejándole pegajosa. Esta vez, Chuy ni se inmutó. Sabe que se puede limpiar y no quería interrumpir ese momento de alegría para los niños.

Un grupo de niños los sigue hasta que llegan a PROJIMO. Las personas del taller dejan de trabajar y les gritan para saludarlos. Otros niños que juegan en el parquecito de PROJIMO corren a encontrarlos. Manolo ayuda a Luis a bajarse del caballo y lo sienta en la silla de ruedas. Luis está tan emocionado que las lágrimas corren por sus mejillas. Chuy voltea el caballo, se despide de ellos y se aleja contento y un poco avergonzado por el llanto de Luis. Es un momento que jamás podrá olvidar.

A Manolo, por otro lado, ya se le olvidó en dónde habían estado y por qué regresaron de esa manera. Sólo sabe que se siente feliz y orgulloso cuando Luis le sonríe.

Esa noche, cuando Manolo levanta a Luis de la silla para subirlo a la cama, Luis logra poner los brazos alrededor de la espalda de Manolo. Cuando ya es tiempo de soltarse, ninguno de los dos lo hace. Por un momento, los dos amigos se quedan abrazados en silencio. Cuando se separan, se miran a los ojos. Ha sucedido algo que no pueden explicar y ellos saben que es importante.



El Desarrollo de Manolo en PROJIMO

PROJIMO se inició como un programa dirigido por campesinos con discapacidades físicas para atender a niños y jóvenes con discapacidades físicas. Pero después, empezaron a llegar personas de todas las edades y con todo tipo de discapacidades. Así que el equipo de PROJIMO trató de ampliar sus conocimientos para ayudar a personas de todas las edades a satisfacer sus necesidades. Con la ayuda de educadores especiales voluntarios, han aprendido algo sobre retraso mental y desarrollo retrasado, pero el equipo siente que todavía les falta mucho por aprender.

Cuando Manolo fue llevado a PROJIMO por su mamá, Mari y Conchita se hicieron cargo de la consulta. Manolo tenía apenas 14 años de edad, pero ya era grande y muy fuerte. Su mamá lo llevó al consultorio y le dijo que se sentara. Manolo obedeció en silencio, pero se veía enojado. Cuando Mari lo saludó, él no contestó, sólo se quedó con la cabeza agachada. Su mamá le dijo a Mari que Manolo sólo le ocasionaba problemas. "Puede decir unas cuantas palabras," dijo la señora. "Pero casi nunca dice nada ... especialmente entre gente desconocida."

Mari volteó con Manolo y le pregunta amablemente "¿Qué es lo que te gusta hacer Manolo?"

"¡Nada!" contestó su mamá. "No hace nada."

"Manolo, ¿Te gusta jugar algún juego?" preguntó Mari, poniéndole la mano sobre el hombro.

"¡No!" dijo la mamá. "No le gusta hacer nada. Cuando era niño lo mandé a la escuela, pero no aprendió nada. Después de 3 semanas la maestra ya no lo quiso en la clase. Dijo que los otros niños le tenían miedo."

"¿Te gusta ver la tele?" Mari preguntó a Manolo.

"¡No!" dijo la mamá. "No le gusta hacer nada ... sólo comer y comer."

"¿Qué comida te gusta más Manolo?" preguntó Mari.

"¡Come de todo!" dijo su mamá.

Mari volteó con la señora. "Déjelo que el conteste," sugirió Mari amablemente.

"Él no va a decir nada," contestó su mamá. "No habla con desconocidos."

Parecía que ella tenía razón. La señora ahora se quedó callada y Mari trató de que Manolo se interesara en distintas cosas para ver si decía algo, pero no respondía. Mari no sabía qué hacer. De pronto, Jorge entró gritando al consultorio. Jorge tenía 14 años pero era pequeño para su edad. Tenía las piernas flojas por la polio y andaba en un silla de ruedas de madera. Al ver que estaban consultando se dio la vuelta y salió del cuarto.

"¡Jorge!" le gritó Mari. "Ven por favor."

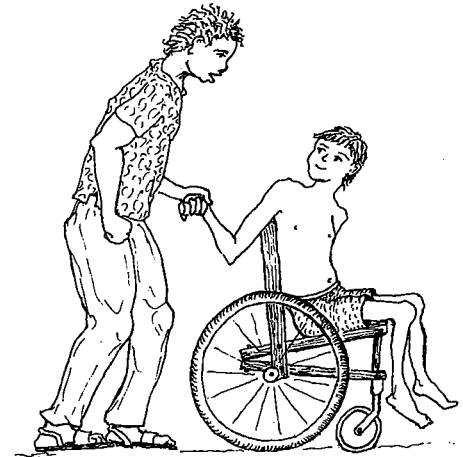
JORGE se paró en la puerta y preguntó, "¿Y ahora qué hice?", preguntó defensivo. Jorge era muy travieso y siempre se metía en problemas. Llegó a PROJIMO para que le hicieran unos aparatos ortopédicos y una silla de ruedas (la que prefería). Dos años después, regresó porque su abuela, con quien vivía en la ciudad, decía que no podía controlarlo. Ella lo mandaba a la escuela pero a menudo pasaba el día—y las noches—vagando por la calle o en los bares. Algunas veces la policía lo llevaba borracho hasta su casa. En PROJIMO también ocasionaba problemas, pero por lo menos iba a la escuela y estaba aprendiendo oficios para mantenerse. A pesar de sus travesuras, era agradable y se llevaba bien con los otros niños. Era muy bueno para ganarse la amistad de los niños recién llegados a PROJIMO que se sentían solitarios y extrañaban su casa.



"Necesito tu ayuda," dijo Mari. Jorge sonrió. "He estado tratando de averiguar qué es lo que a Manolo le gusta o quiere hacer," explicó Mari. "Pero es tímido y no contesta. ¿Puedes llevarlo afuera y mostrarle el parquecito y los talleres? Tal vez algo va a llamarle la atención."

Jorge se acercó a Manolo y sin temor lo tomó de la mano. "Ven conmigo, compadre," le dijo. "Te voy a llevar a pasear." Manolo, un poco triste, se levantó lentamente y siguió a Jorge hacia afuera. Aunque eran de la misma edad, se veían como David y Goliath.

Mari se quedó platicando con la mamá de Manolo, quien le dijo que estaba preocupada por que Manolo era fuerte y de temperamento fuerte.



Jorge hace rompecabezas como éstos en el taller de juguetes para niños.

"A veces le tengo miedo," dijo ella. "Es muy fuerte y temo que pueda lastimar a alguien. Es demasiado grande para poder controlarlo."

Quince minutos después, la puerta se abrió de repente y Manolo entró corriendo, seguido por Jorge. "¡Mamá! ¡Mamá!" gritaba. "¡Mira esto!" Y le mostró un colorido rompecabezas de madera. "¡Jorge lo hizo!" exclamó. "¡Yo quiero hacer uno! ¡Jorge me enseña!"

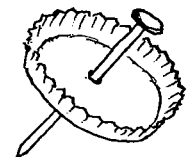
Manolo miró a Mari. Parecía una persona completamente distinta a la que ella había estado tratando de hacer hablar hacía apenas unos minutos. "¿Me puedo quedar y hacer ... ?" preguntó a Mari en voz alta.

"Yo creo que sí," dijo Mari. "Vamos a ver qué podemos hacer."

Ese día en la tarde, Mari le preguntó a Jorge qué había hecho para que Manolo hablara. "¿No te vas a enojar si te digo?" preguntó Jorge. Mari movió la cabeza. "Le pregunté que si quería un cigarro" dijo Jorge, sonriendo con malicia. "¡Así agarró confianza!"

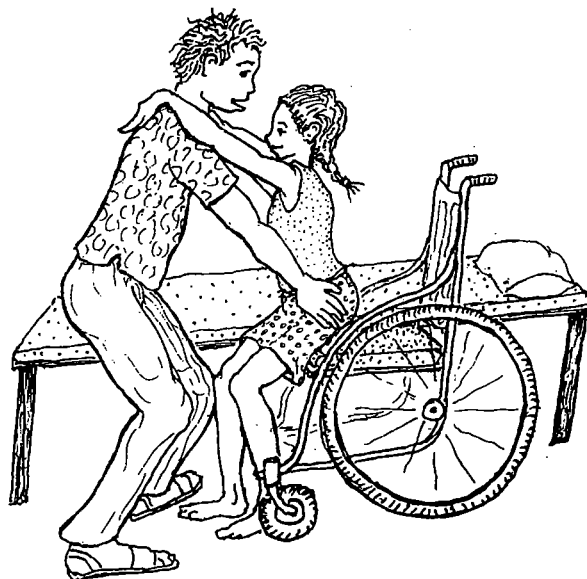
Manolo se quedó en PROJIMO durante casi 6 meses. Al final, nunca se enseñó a hacer rompecabezas. Aunque Jorge y los demás trataron de enseñarle paso a paso, era muy difícil para él. Pero sí aprendió a hacer otras cosas. Aprendió a vivir con un grupo lejos de su familia y a ganar un poco de respeto por sí mismo.

Con uno de los primeros trabajos que hizo Manolo se ganó el aprecio del equipo. El techo de lámina de cartón del taller se sillas de ruedas empezaba a gotear y necesitaban arreglarlo. Las láminas están clavadas a fajillas de madera. Para que no se rompan con el viento, las ponen con corcholatas de refrescos a los clavos. Un día José estaba en el taller con una bolsa repleta de corcholatas a las que les iba a hacer los agujeros para poner los clavos. Manolo estaba fascinado. "¿Qué vas a hacer?" preguntó. José le explicó. "¡Yo ayudo!" dijo Manolo. José enseñó a Manolo cómo centrar la corcholata sobre una placa metálica que tenía un agujero; cómo poner el clavo en el centro de la corcholata y cómo clavarla con el martillo. Guió a Manolo con la primera docena, después Manolo siguió solo con el trabajo.



Manolo clavaba las corcholatas por un rato y luego se distraía, pero luego alguien gritaba desde el techo pidiendo más clavos. Como le recordaban y lo animaban, Manolo continuaba con el trabajo. Cuando terminaron el techo, todos estaban contentos. Manolo junto con los demás, estaba siendo felicitado por terminar el trabajo en tan poco tiempo.

Manolo empezó a buscar otras cosas con las cuales ayudar. Como tiene el cuerpo sano y fuerte, y la mayoría de los trabajadores de PROJIMO son discapacitados físicamente, seguido le hablaban para que ayudara a pasar a Quique (quien era cuadriplégico) de la cama a la camilla. También ayudaba a otros que no podían moverse solos. **Pronto Manolo se hizo asistente de quienes no podían empujar las sillas, cambiarse la ropa o bañarse solos.**



Para Manolo, esto fue un cambio completo de papeles. De ser alguien que dependía de los demás y considerado inútil, ahora era quien tenía la fuerza física y la habilidad que a otros les faltaba. ¡Realmente lo necesitaban por su habilidad poco común!

Cuando su mamá fue a verlo, no podía creer lo que su hijo había cambiado. Cuando regresó con él a su casa, al principio se le dificultó acostumbrarse al nuevo Manolo. Por un tiempo, tanto la madre como el hijo volvieron a su antiguo hábito de acusaciones y apatía. Pero después de otra larga estancia de Manolo en PROJIMO, y de largas discusiones con su mamá, las cosas mejoraron en casa. Manolo ayudaba más en casa y les hacía mandados a los vecinos, pero lo que realmente le encantaba era ayudar a las personas discapacitadas.

Para entonces, Manolo tal vez ya había olvidado a Luis, y Luis quizá ya no se acordaba de Manolo. Pero Manolo le dio a Luis libertad, aventura y la alegría de vivir que antes no había tenido.

El destino de Jorge. Jorge tuvo una serie de dificultades. Al final fue expulsado de PROJIMO por emborracharse y terminó vagando por las calles de la ciudad. Afortunadamente, años después, Jorge fue "rescatado" por Leopoldo, otro muchacho discapacitado que también había sido expulsado de PROJIMO (por dispararle a un rival que estaba enamorando a su novia). Con el tiempo, Leopoldo se convirtió en líder de un programa de autoayuda para jóvenes discapacitados en la ciudad de Hermosillo, Sonora donde puso un taller de reparación de sillas de ruedas. En uno de sus viajes a Tijuana, se encontró a Jorge por casualidad. Jorge estaba enfermo de hambre y drogas y desesperado. Leopoldo llevó a Jorge a su casa en Hermosillo y arregló para que trabajara en el taller del programa de rehabilitación.

Lo último que escuchamos fue que Jorge había dejado de usar drogas, estaba sano, con más confianza en sí mismo y a punto de casarse. Como muchos de nosotros, tuvo sus altibajos.



Jorge jugando en los aros en una de sus primeras visitas a PROJIMO.